

DIRECCION ESPIRITUAL Y PERSONALIDAD *

JOAN B. TORELLO

Los psiquiatras contemporáneos hablan de un nuevo tipo de angustia que turba crecientemente nuestro mundo: la angustia ante el psiquiatra. Quien es reconocido inesperadamente como psiquiatra en un grupo de personas, advierte que una ola de emociones se manifiesta en torno suyo: desde morbosa curiosidad hasta ridícula veneración, desde inclinación sin condiciones hasta repulsa crispada, desde confusión hasta miedo.

Obra sin duda en tales casos la conocida, y ya denunciada por Jaspers, "superstición científica" de nuestra cultura de masas, que atribuye a los expertos del alma un poder casi mágico, e incluso la habilidad no sólo de penetrar en otros, sino también de manipularlos. De ahí la reacción defensiva para proteger la intimidad y libertad propias, y alejar al escrutador de almas: reacción que coloca simultáneamente en primer plano la profunda inseguridad del hombre moderno. Se admira de lejos a los entendidos en el descubrimiento de la interioridad, pero no se les consulta personalmente.

Se abandona la orientación espiritual. ¿Acaso no es una intromisión en la esfera privada, una traba al desarrollo y autonomía espontáneos y creativos de la personalidad? ¿Aca-

* Conferencia pronunciada por el autor en la sesión del *Kreis für internationale Priesterbegegnung* (KIP), Bensberg (Alemania), 18 a 20 de agosto de 1977.

so no recuerda a una pretensión fascistoide de seguimiento, o a una hechicería psicoterapéutica? Se habla también hoy mucho de *liderato espiritual*, un eufemismo —se dice— que no promete nada bueno. Pues de un lado manifiesta huellas inequívocas de un “pasado no dominado”, mientras que los psicólogos siguen hablando sin empacho de “dirección de hombres”, y son contratados por la industria para verificar, entrenar, y aumentar en rendimiento sus fuerzas directoras, y mientras las directivas de los partidos políticos preparan con desenfado las leyes de un país entero... De otro lado, también porque la palabra *Dirección* (Leitung) deja un *regusto* mecanicista, es decir, sugiere la rigidez y neutralidad de lo rutinario, en oposición a la adaptabilidad, viveza y calor escondido, de una relación interpersonal, que la palabra *orientación* (Führung) expresa mucho más claramente.

¿Es la experiencia, o más bien la falta de ella, lo que ocasiona hoy en muchos sacerdotes católicos el recelo hacia la dirección espiritual, ya sea para asumir esta importante función, ya sea para buscar un orientador de la propia persona? De lado protestante se adelantan preferentemente pretendidas objeciones teológicas —Privatización de la Palabra de Dios, fomento del individualismo salvífico, eliminación de la gracia, tutelaje de la conciencia libre, etc.—, precisamente ahora, cuando numerosos pastores evangélicos tras una intensa crítica de psicólogos y psicoterapeutas, reconocen la superioridad de la praxis pastoral católica, y piensan en incorporar nuestros métodos ricos en tradición. Estas resistencias teóricas son frecuentemente interpretadas con razón por los psicólogos como cobertura del miedo, susceptible de aparecer ante toda confrontación con el destino del individuo.

La personalidad de aquellos que se disponen a ayudar a quienes sufren y caminan desorientados, se siente amenazada. Pues estos son siempre hombres aturridos que se sienten abandonados en extremo ante el propio enigma: ¿“Quién soy yo, que debo sufrir tanto”?, “¿Quién soy yo, que no consigo dominar el pasado ni el futuro”?, “¿Qué es el hombre, que a pesar de siglos de prolongada historia debe interro-

garse todavía acerca del sentido y contenido de la vida?”. Y así el que auxilia debe constantemente ponerse de nuevo en camino, arrojarse en el mar del Ser, donde las rutas desaparecen de repente; en esa selva tupida de la biografía personal, donde no hay señales que orienten. Es verdad que disponemos de unos conocimientos, investigaciones, encuestas, y datos estadísticos, y que suavizamos con satisfacción y habilidad las aristas y puntos de lo singular con el fin de poder encontrar por doquier lo acostumbrado; pero después de cinco minutos de conversación sincera... nos hemos convertido en un hombre que sufre con el otro, en un sudoroso compañero de riesgo, en un valiente y a la vez agobiado colega de búsqueda, o en un negligente entrometido sin orientación.

Ni el otro ni yo somos mónadas acabadas y clausuradas, provistas en el mejor de los casos de ventanas que nos permiten comunicarnos, al menos con gestos y palabras manidas. ¿Qué es el hombre en su singularidad e irrepetibilidad, para que todas las ciencias quieran asomarse al ámbito de su ser y sepan sólo descubrir cada vez un aspecto de éste, y que nunca, sin embargo, puede ser identificado con los otros o con el Yo, que grita incesantemente *yo soy, yo sufro, y yo amo*? Incluso las tan elogiadas ciencias del hombre se apartan de reducciones y limitaciones especializadas, cuando empiezan a colocar en primer plano la autotrascendencia del Ser: “Ser hombre significa ir más allá de sí mismo... Ser hombre es algo que se perturba en la medida que no efectúa y despliega su propia trascendencia” (Frankl). De ahí la situación de desarraigo que Pascal pinta vigorosamente y que espanta a todo el que se aproxima al hombre: “¡Qué quimera es el hombre! ¡Qué ser nunca visto, qué monstruo, qué caos, qué objeto de contradicción, qué prodigio! Juez de todas las cosas, y gusano miserable: garante de la verdad, cloaca de la ignorancia y del error, grandeza y desecho del mundo... ¿Qué será de él? ¿Llegará a ser Dios o se asemejará a las bestias? ¡Qué terrible distancia! ¿Qué será de nosotros? ¿Quién no ve por doquier que el hombre está desarraigado, que ha decaído de su sitio, que no halla reposo, que no puede reencontrarse a sí mismo? ¿Y quién será capaz de orientarle rectamente?”.

Por este camino de simple investigación antropológica no se puede avanzar mucho más. La imagen del hombre se rompe, se trastoca. El hombre es un algo que no puede ser entendido a partir de sí mismo. No es autosuficiente. La necesidad de elevarse sobre sí corresponde precisamente a la más profunda naturaleza del hombre, que no se realiza mediante el desarrollo de unas aptitudes cerradas en sí mismas, sino en ser atraído por encima de sí hacia la unión amorosa con Dios. La antropología desemboca en teología. El hombre puede ser verdaderamente hombre sólo cuando se atreve a ser más que un simple hombre: “¡l’homme dépasse infiniment l’homme”: el hombre supera infinitamente al hombre (Pascal).

La singularidad y especificidad del ser personal —que ninguna Psicología, Filosofía o afectuosa comunicación interpersonal pueden explicar— son llevados a la luz y a la vida solamente mediante la llamada y el amor de Dios: “Te he amado con amor eterno” (Jerem. 3, 3). Yo soy yo mismo porque Dios ha pensado en mí y no en otro, me ha querido, amado, creado... pues Dios no puede repetirse: cada uno de nosotros es un original auténtico, y no puede ser un *caso típico*.

Tampoco consiste la personalidad en un conjunto de cualidades más o menos valiosas, sino en una coherente armonía individual a la que todo apunta. Es una estructura que no se siente nunca mónada encapsulada y fluctuante, sino abierta al otro, más aún, a lo absolutamente Otro. El hombre imagen de Dios vive su ser propio y libre en firme relación al Dios personal; vive bajo la sollicitación y según la voluntad de aquél cuya Revelación es arquetípica y ejemplarmente Jesucristo (R. Hoffmann). ¡¡Ecce homo!! He aquí el hombre, el hombre perfecto, puesto que en Él habita corporalmente la plenitud de la Divinidad (Col. 2, 9): la mayor grandeza y la más profunda miseria. *El* es la verdadera imagen del hombre, tal como Dios lo concibe y lo ama. Todo cristiano recibe esta imagen impresa en el Bautismo, y no existe para él desarrollo que no sea profundización y aumento de su semejanza con Cristo, hasta lograr aquella figura, singularmente nueva y altamente penetrada de vida,

que debe confesar: "Vivo yo, pero no soy yo, sino Cristo quien vive en mí" (Gal 4, 1).

Ninguna cura de almas, como ayuda al proceso de maduración de la personalidad, puede consiguientemente ser sólo instructora, formadora, sino paternal ("aunque tengáis mil pedagogos en Cristo, no tenéis muchos padres. Porque yo os he engendrado en Cristo", 1 Cor 4, 5), e incluso maternal ("Mis hijos pequeños, a quienes doy a luz de nuevo, hasta que Cristo sea formado en vosotros", Gal 4, 19). Debe consistir por encima de todo en producir, estimular, aumentar y perfeccionar la receptividad del hombre individual respecto a la acción del Espíritu Santo.

A esta altura que ocasiona vértigo debe ascender la personalidad del sacerdote, pues sólo allí puede hallar su identidad y con ella la capacidad de agotar sus capacidades de desarrollo, y encontrarse con el verdadero Tú del otro, mientras contempla su identidad última y escondida en Dios: amo el Tú que Dios mira y ama; no amo solamente sus cualidades, su envoltura existencial y engañosa.

Soy sacerdote, que se entrega al otro para que Cristo le alcance, "como yo mismo he sido alcanzado por Cristo" (Phil 3, 2), y no sólo de manera intensiva, como forma más elevada del sacerdocio común de todos los fieles, sino de modo cualitativo, esencialmente diferente, sacramental, como acentúa el Concilio Vaticano II, y Mons. Escrivá de Balaguer muestra vigorosamente: "¿Cuál es la identidad del sacerdote? La de Cristo. Todos los cristianos podemos y debemos ser no ya *alter Christus*, sino *ipse Christus*: otros Cristos, ¡el mismo Cristo! Pero en el sacerdote esto se da inmediatamente, de forma sacramental" (Homilía *Sacerdote para la eternidad*). En el mismo sentido, escribe el Dr. Alvaro del Portillo, su sucesor como Presidente General del Opus Dei, y asesor del Concilio: "El sacerdocio no está en la línea de las relaciones éticas de los hombres entre sí, y tampoco en el plano del solo esfuerzo humano por acercarse a Dios: el sacerdocio cristiano es un don de Dios y queda situado irreversiblemente en la línea vertical de la búsqueda del hombre por parte de su Creador y Santificador, en la línea sacramental de la gratuita apertura de la inti-

midad divina al hombre" (*Escritos sobre el Sacerdocio*, Madrid, 1970, 2.^a ed., p. 112). La desacralización del oficio sacerdotal significa por tanto su aniquilación, pues la esencia del sacerdote y su misión se fundan y enraizan en la vida encarnada de Dios. El sacerdote es Cristo como ningún otro, es "administrador de los misterios de Dios" (1 Cor 4, 1), y el fin y sentido de todas sus acciones, funciones y poderes es la edificación de los hermanos en Cristo.

Con esto se dice ya que todos los sacerdotes deben ser directores de almas, pues están autorizados, y capacitados para ello en virtud de su definitivo carácter de Ordenación. Muchos temen la cura individual de almas y se contentan con la atención pastoral de grupos diversos, e intentan, al modo de ideologías políticas, considerar la comunidad como una superestructura. Pero "500 hombres no tienen 1.000 pies, por el hecho de que un hombre tenga dos" (Chesterton). La singularidad y especificidad del ser humano no permiten al pastor de almas la fuga a lo colectivo: la salvación se gana o se pierde individualmente; se muere completamente solo.

El director espiritual no puede ser tampoco un especialista, pues "el especialista es un hombre que sabe cada vez más sobre cada vez menos, de modo que al final sabe todo sobre nada" (Nestroy). Bromas aparte, el peligro de todo especialista estriba en que posee conocimientos extraordinariamente limitados, no es consciente sobre los límites de su saber, y los sobrepasa con gran desenfado. "Lo peor de esto no es —dice Frankl— que los científicos se especialicen, sino que los especialistas se generalicen en exceso". De reduccionistas miopes, como es sabido, está llena nuestra cultura.

Es desde luego necesario que entre los directores de almas haya especialistas, como hay psiquiatras en la Medicina, pero es más necesario aún que el médico corriente domine un modo antropológico, realista, psicosomático, de examinar y tratar a todos los pacientes, si quiere enfrentarse con lo que aflige máximamente a sus contemporáneos. En todos los congresos de psicoterapeutas se eleva la queja de que han de tratar numerosos enfermos, porque los directores de almas no cumplen su deber. Es una situación fatal,

porque psicólogos y psicoterapeutas se ocupan diariamente en lo patológico, de lo que obtienen sus conocimientos, y corren el peligro de considerar neuróticos a hombres sanos que buscan simplemente el sentido de la vida, que han sofocado su vocación espiritual, que se sienten necesitados o defraudados del amor, o se hallan apesadumbrados por la culpa o la mentira del mundo: a estos introducen y dejan perdidos en el jardín pétreo de las interpretaciones psicoanalíticas.

La orientación espiritual efectuada en el gabinete del especialista fácilmente se hace esotérica. Francisco de Sales, Felipe Neri, Vicente de Paúl, Juan Bosco, el Cura de Ars, Clemente M.^a Hofbauer no eran sino sacerdotes cien por cien, comprometidos fuertemente en la cura de almas, en contacto permanente con los diversos grupos sociales, que de cualquier modo permanecían todos los días, durante muchas horas, en el confesonario. No eran sólo sacerdotes-psicólogos, sacerdotes-sociólogos, sacerdotes-antropólogos, sino sacerdotes-sacerdotes (como decía Mons. Escrivá), que llevaban la gracia —¡la capacidad!— recibida en su pleno florecimiento.

Pero como la gracia no anula la naturaleza sino que la presupone y perfecciona, todo sacerdote debe adquirir y desarrollar ciertas cualidades humanas, para ser fiel a su tarea. Erich Schick describe del siguiente modo lo que se exige al pastor de almas: “Preguntar, y no lastimar, sin embargo, la personalidad del otro; usar la reprensión, pero no conducirse con amargura; callar, y evitar a la vez todo hermetismo; emplear tiempo, sin caer en la locuacidad; comprender, y no ocultar la verdad; compadecer, sin llegar a ser débil; ser apoyo para el otro, y no permitir, sin embargo, que se ate a la propia persona; dejarle que marche su camino, pero no abandonarle; ser inmutables por dentro, y mantener el espíritu abierto hacia todas las direcciones”.

Debe también estar disponible, ser paciente, observador, atento, comprensivo, flexible (todo se puede cambiar y mejorar), respetuoso hacia la personalidad del otro; ha de tener en cuenta y estimular su libertad, no sujetarse a un método único (no sirve la misma medicina para todos los enfermos con idéntica enfermedad), entregarse sin cansan-

cio, ser abnegado, optimista, dispuesto al sacrificio, afectuoso sin afectación ni familiaridades, etc.

Todo esto puede y debe ser aprendido. Junto a la oración y al sacrificio, que son imprescindibles y han de ocupar siempre el primer puesto en los afanes pastorales, pero que no son ahora objeto de estas páginas, existen dos medios preferentes:

1. Estudio. Un compañero sacerdote me decía hace poco tiempo: "como no soy telepático tampoco puedo ser televidente: necesito estudiar". Ciertamente no perdía nada, pues el mito del "aggiornamento" cultural por el método de convertirse en mirón se superó hace tiempo. La conclusión es estudiar después del trabajo diario. ¡Y qué riqueza de experiencias está a nuestra disposición en las obras de los grandes educadores de almas de nuestra historia cristiana, desde los padres del desierto hasta los excelentes maestros de la *devotio moderna*, y el tiempo actual!

Ahí están también las ciencias del hombre: Psicología, Antropología y Sociología, cultivadas con medida, sin ingenuidad clerical, de acuerdo con un prudente asesoramiento, y bajo la condición que Víctor von Weizsäcker, fundador de la ciencia psicosomática alemana, formulaba en unas conferencias para orientadores espirituales: "hay que saber tanto como sea posible, y usarlo lo menos que se pueda", pues temía no solamente el *dilettantismo*, sino también la huida hacia dedicaciones extrañas que desfiguran la tarea del sacerdote y a veces la aniquilan.

En este contexto desearía hacer notar además que se exagera el significado de la vivencia personal y las cualidades innatas de comprensión, en el sentido de que sólo somos capaces de comprender en el alma del prójimo lo que nosotros mismos hayamos experimentado o, al menos, descubierto mediante una excepcional y aguda intuición. Von Weizsäcker se pronuncia sin rodeos acerca de este punto: "Tengo esta afirmación por completamente falsa, y pienso que con estudio y práctica aprendemos en grado extraordinariamente alto, y logramos aumentar notablemente nuestras aptitudes para comprender". Hacen falta por tanto menos complejos de inferioridad y más estudio, pues la gran mística Te-

resa de Avila decía que un director de almas debe ser culto y piadoso, pero cuando ambas cualidades no se pueden ver unidas en un hombre, es mejor que tenga la ciencia sin la piedad a que posea la piedad sin la ciencia.

2. El segundo medio es la dirección espiritual del mismo pastor de almas. Carlos Gustavo Jung ha expuesto breve y comprensivamente a la vez, en una conferencia a los párrocos alsacianos, lo que se pide de un director espiritual: "En la cura pastoral, debe el pastor aceptar al dirigido, es decir, conocerle y reconocerle en la totalidad de su ser, con sus cualidades y posibilidades, sus defectos y sus sombras. Esto presupone que el pastor debe conocerse y aceptarse a sí mismo con sus aspectos malos y buenos. Sólo conocerá al dirigido en la medida que es sincero y ha logrado la unidad consigo mismo. Sólo entrará en contacto con el dirigido y alcanzará un contacto y comunicación fructíferos con él en la medida que ha penetrado sus propias cualidades, faltas y debilidades".

Los psicoanalistas dogmáticos exigen el psicoanálisis de todos los que desean efectuarlo a otros. Los psicoterapeutas modernos se conforman con conversaciones frecuentes de los principiantes con un médico experimentado, así como numerosos controles del propio trabajo y participación en sesiones donde los "casos más difíciles" se estudian en común. Pues de otro modo, si uno no es consciente del propio enfoque, de las propias motivaciones, reacciones y defectos de carácter, proyecta sobre el paciente sus cuestiones vitales y personales no resueltas, le maltrata en beneficio del propio prestigio, pasa por alto lo que le es desconocido u oscuro, sobrevalora lo que para el otro es quizás irrelevante, pero encierra gran significación en la propia vida, transfiere su inseguridad y desconfianza personales, fomenta espontáneamente la vinculación, y a veces la dependencia, del enfermo, se conduce con demasiada dureza o excesiva blandura según sus sentimientos personales y no según las necesidades del tratamiento, se enreda en la trampa de la curiosidad o de la indiferencia, y se comporta ya como un camarada en exceso familiar, ya como un brujo omnipotente.

Mutatis mutandis pueden encontrarse todos estos peligros en la dirección espiritual, cuando el pastor de almas no busca orientación para la suya. Una dirección espiritual seria y profunda debe instituirse al menos en los Seminarios sacerdotales. De otro modo, una personalidad sacerdotal insuficiente realizará muy pobremente la orientación de otras almas. Y no solamente esto: un activo, sereno, y consciente pastor de almas debe tener un director espiritual, con el que se confiese regularmente y se sincere; un director que oriente su vida de oración y su entera interioridad, y las purifique continuamente, que le estimule al esfuerzo tras la santidad y conozca su actividad pastoral, le anime, le consuele, y le haga cada vez más sobrenatural. Todo sacerdote debe usar estos medios, que están probados en su eficacia desde todo punto de vista. También asociaciones sacerdotales en las que se fomenta la devoción, el amor fraterno, el intercambio de experiencias, y la formación, constituyen valiosa ayuda en toda edad y situación.

Mediante el estudio, la dirección espiritual personal, y la práctica, se aprende poco a poco el arte excelso del lenguaje, y especialmente sus tres reglas más importantes:

1. El largo, paciente, y atento escuchar, que todos los maestros (también en psicoterapia) tienen por el servicio más significativo y eficaz del director. No es fácil; pues los sacerdotes tienden a un excesivo hablar, a juicios precipitados, a la impresión de "lo ya visto o conocido", y descuidan así tanto la historia singular y única como la voz del Espíritu Santo —el verdadero director de todo cristiano—, y facilitan recetas prefabricadas que huelen a pedantería y apenas contienen fuerza salvadora.

2. La segunda regla prescribe hablar. Hay que apartar por ello el temor de manipular al otro. El verbo *manipular* se ha convertido en una palabra molesta que se asocia al empleo de la coacción. Hans Weigel escribe en su excelente antídiconario "Los sufrimientos de las palabras nuevas": "Cada uno dice que todos le manipulan. Todos dicen que cada uno manipula. Lo que se entiende por manipular debe suponerse conocido. Menos divulgado es que hasta el uso del

concepto *manipular* ya es manipular. La palabra manipular se encoge, preparada para saltar, y aparece con rapidez en todos los lugares donde alguien no se muestra conforme con algo. Si quieres evitar una incomodidad o una obligación llámala "manipulación" (pág. 94).

Mons. Escrivá dijo una vez —no es textual—: Cristo no me ha pedido permiso para introducirse en mi vida. Tiene derecho absoluto a ello. Si todo cristiano es otro Cristo, tiene el derecho y el deber de entrar en la vida de un hermano para ayudarle a encontrarse con Cristo.

También von Weizsäcker advertía al pastor de almas que no renunciara a la exhortación y al influjo, porque los hombres acuden a nosotros a la búsqueda de ambas cosas. Vacilamos, hablamos con vaguedad, nos expresamos con metáforas, volamos hacia la lejanía para intentar luego un suave aterrizaje, mientras el interlocutor espera una clara toma de postura creyente, una palabra de Dios, un consuelo sobrenatural, una reprensión moral incluso, o sencillamente un poco de compasión fraternal.

¡Valor para la claridad, la confesión de la fe, la nuda verdad, la doctrina de la Iglesia sin escamoteos, reducciones, vaguedades y desvíos! Los hermanos tienen derecho a la verdad, a la verdad entera, a la doctrina segura. No necesitan opiniones particulares, soluciones fáciles e inventadas, o equilibrios teológicos, ni desean una complicidad entre dos. Palabra breve y concluyente, pues largas conversaciones raramente son eficaces, y el charloteo sobre asuntos secundarios desfigura y hace vanas las mejores intenciones.

Así pues, la tercera regla se llama *callar*, no solamente como ejercicio del secreto profesional o en su caso del secreto de confesión, sino como silencio cuando no se sabe qué decir o nada puede decirse; silencio como participación en el dolor del prójimo —que no aguanta a "consoladores onerosi" (Job 16, 2)—; callar, cuando el interlocutor nada pregunta y desea sencillamente desahogarse; callar cuando el que habla se permite enjuiciar, o criticar a otros, cuando se hace impertinente, cuando adula o critica al director espiritual; callar asimismo para conservar la presencia de Dios y pedir luz al Espíritu Santo. Los hombres que saben guar-

dar silencio en el momento oportuno se hacen acreedores al respeto y a la obediencia cuando hablan con calma y modestia: un arte difícil que muy pocos dominan.

Por ello también yo guardaré ahora silencio finalmente. Pero no sin añadir que la fortaleza y paciencia necesarias en un buen director de almas sólo pueden ser duraderas si nacen de una alegría profunda. La misa diaria, la vida de oración, la unidad con el obispo y el magisterio de la Iglesia, la respuesta a la vocación recibida, la entrega continuamente renovada de un corazón no compartido, dan al sacerdote la vivencia feliz de la que surge, convincente y limpia, su actividad pastoral, de modo que la dirección espiritual aparece y obra como un brote de alegría. Hombres que practican el deber y la lealtad hasta la extrema abnegación de sí mismos constituyen un magnífico ejemplo en medio de nuestra sociedad llena de gente que huye del dolor y persigue el placer, pero *hombres dichosos* que desean compartir su dicha con todos, y precisamente por eso hablan de ella y actúan, se hallan en la mejor situación para convencer y arrastrar.

(Traducción de José MORALES)

Notas

